

Editorial

Mirar hacia atrás

Guillermo Jaim Etcheverry,

Rector de la Universidad de Buenos Aires

Volver nuestra mirada hacia el pasado, como proponemos hacerlo en esta y en la próxima entrega de UBA:encrucijadas al describir algunos de los hechos más significativos ocurridos hace un siglo en el mundo y en la Argentina, constituye un requisito indispensable para encarar con responsabilidad los desafíos que hoy enfrentamos.

Preciso es advertir que el desprestigio del pasado constituye uno de los rasgos de la cultura contemporánea. Hoy se jerarquiza una actualidad excluyente que nos lleva a relegar, poco a poco, nuestra herencia cultural. Esa actitud que subyace en nuestra sociedad es tal vez la que explica la crisis de la educación que, en última instancia, está estrechamente relacionada con la transmisión de lo que el ser humano ha logrado construir a lo largo de su historia. Educar es repasar de manera organizada esa evolución intelectual y, en ese trayecto, mostrar a las nuevas generaciones aquello de lo que son capaces. Mirar hacia atrás también brinda a los jóvenes una alternativa para escapar a la prisión de lo inmediato en la que los encierra la cultura actual que, por una evidente necesidad del mercado, tiende a simplificar, banalizar y homogeneizar todo lo que genera.

Este interés por conocer lo que sucedió no supone vivir de acuerdo con lo establecido por quienes nos precedieron. En realidad, refleja una clara voluntad de expandir nuestras vidas. Al mirar el pasado, es posible descubrir dimensiones insospechadas de nuestra propia persona. Al aproximar a las nuevas generaciones a la historia, les transmitimos no sólo información sino, fundamentalmente, pensamientos y sentimientos, es decir, una porción importante de lo que será su mundo subjetivo e individual. En realidad, ese regreso a la historia puede ser concebido como una suerte de programa de inteligencia artificial que permite evocar en la mente de los vivos el conocimiento, las habilidades y, sobre todo, la manera de pensar y de actuar de quienes los precedieron.

Numerosos son los ejemplos que muestran que las civilizaciones que se propusieron imitar el pasado terminaron por ser las realmente creativas e innovadoras. No es desacertado suponer que nos será más sencillo encontrar lo novedoso viajando por la vida junto a nuestros antecesores –audaces exploradores y grandes descubridores– que hacerlo acompañados por muchos de nuestros contemporáneos que gozan de una fama basada precisamente, en su desafiante carencia de memoria histórica. En oportunidad de aceptar el “Premio Príncipe de Asturias para las Letras 2001”, la escritora británica Doris Lessing pronunció un discurso notable. Entre otras cosas dijo entonces: “Érase una vez un tiempo –y parece muy lejano ya– en el que existía una

figura respetada, la persona culta... Hoy hay un nuevo tipo de persona culta, que pasa por el colegio y la universidad durante veinte, veinticinco años, que sabe todo sobre una materia –la informática, el derecho, la economía, la política–, pero que no sabe nada de otras cosas, nada de literatura, arte, historia, y quizá se le oiga preguntar: ‘Pero, entonces, ¿qué fue el Renacimiento?’ o ‘¿qué fue la Revolución Francesa?’ Hasta hace cincuenta años a alguien así se le habría considerado un bárbaro. Haber recibido una educación sin nada de la antigua base humanista: imposible. Llamarse culto sin un fondo de lectura: imposible”. Y prosigue: “Representa una pequeña ironía de la situación actual que gran parte de la crítica a la cultura antigua se haga en nombre del elitismo. Sin embargo, lo que ocurre es que en todas partes existen cotos, pequeños grupos de lectores de antaño, y resulta fácil imaginar a uno de los nuevos bárbaros entrando por casualidad en una biblioteca de las de antes, con toda su riqueza y variedad, y dándose cuenta de pronto de todo lo que se ha perdido, de todo de lo que –él o ella– ha sido privado”.

Ese es el problema central de nuestra cultura: el haber ido olvidando la responsabilidad de transmitir a las jóvenes generaciones el rico patrimonio de ideas y de acciones que los humanos hemos generado durante nuestra turbulenta historia. El habitar el instante y vivir en un presente sin raíces, uno de los rasgos centrales de nuestro tiempo, no hace más que privar a los jóvenes de esa herencia a la que tienen un derecho ganado por la simple razón de ser humanos.